

PÁGINA literal

revista de psicoanálisis



psi ¿qué? **8-9**

Analíticas

- ERNST FALZEDER 1994. - Mi gran paciente: mi principal tormento: un caso de Freud hasta ahora desconocido y sus consecuencias.
- KAREN POE La función psi en la recepción del decadentismo:
El hombre que parecía un caballo o las trampas de la crítica
- GINNETTE BARRANTES La verdad, ese objeto extraño
El discurso parresiástico y la función de la palabra en la experiencia analítica
- RAFAEL PEREZ La extrañeza común
- GUY LE GAUFÉY ¿Correcto?
- SANDRA FILIPPINI Materia sacramentalmente impersonal
- ADRIANA BASCHUCK Dispositivos analíticos
Apuntes al pase
- GUY CASADAMONT Palabras sobre el pase en la E.L.P.
- JORGE BAÑOS ORELLANA De cómo la señorita Gélénier transfiguró la lectura lacaniana del caso Dick

Conferencia

- MARIE-CLAUDE THOMAS Lacan lector de Melanie Klein
A propósito del autismo

Literarias

- CELINA MOREIRA DE MELLO La trágica soledad y el hacer poético de Marguerite Duras
- SERGIO VILLENA El sujeto abyecto en *Única mirando al mar*

Comunidad electiva de lectores

- GONZALO PERCOVICH Haciendo un cuarto de giro
- ERCOLE LISSARDI Entre Bataille y Lacan
- ANACRISTINA ROSSI *La ruta de su evasión* o las trampas de la intimidad
- CARLOS CORTÉS Las evasiones de *La ruta de su evasión* de Yolanda Oreamuno

El sujeto de los abyecto en *Única mirando el mar*

Momboñombo: No hay justicia, Única.
Única: Sí hay, pero sin hacer.
*Única mirando al mar*¹

Desde su primera edición, hace aproximadamente tres lustros (1993), *Única mirando al mar*, escrita por Fernando Contreras Castro, ha sido reconocida por la crítica como una novela innovadora en el campo literario costarricense. Considerada propia de la generación del “desencanto”, esta novela es con frecuencia leída como una crítica de la sociedad costarricense de entonces. Rojas y Ovares, por ejemplo, destacan el lugar que ocupan en este texto la soledad y la incomunicación, aunque —paradójicamente— consideran que la misma muestra “confianza en la capacidad comunicativa de la literatura, como un acto de transmisión de un saber y como denuncia de una situación indebida”.²

Ciertamente, este texto puede leerse como una crónica novelada de la problemática de la basura que, debido a las sempiternas debilidades de la gestión pública, puso en jaque a la sociedad costarricense hacia principios de la década de los noventa. Podría también leerse como una aproximación literario-etnográfica, matizada con elementos de la picaresca, el grotesco y la elucubración filosófica, a la vida de los personajes (urbanos y marginales) que en Costa Rica se denominan *buzos* (y en México *pepenadores*), esto es, de quienes rebuscan la basura con el propósito de recuperar aquello que aún tenga algún valor mediante la reutilización o el reciclaje.

1 Fernando Contreras, *Única mirando al mar*, Editorial Norma San José, 1993.

2 Margarita Rojas, & Flora Ovares, *Cien años de literatura costarricense*, Editorial Norma, San José, 1995, p. 244.

Por mi parte, tomaré distancia de esas lecturas “realistas” para bucear en este texto literario con el propósito de realizar una lectura alegórica según la cual esta novela será interpretado como una aproximación metafórica, en clave literaria, a los procesos de construcción de la subjetividad. Es decir, me interesa leer *Única mirando al mar* no sólo como un testimonio literario de una realidad grotesca o como una denuncia de una “situación indebida”, sino más bien como una propuesta que nos incita a la reflexión sobre la problemática de lo abyecto y su relación con la formación del sujeto en el campo de la política.

El sujeto

Contribuciones recientes en el campo de la filosofía política han puesto nuevamente la cuestión de la subjetividad en el centro del debate. Cuestionando la declaración de la “muerte del hombre”, muy en boga en los influyentes círculos estructuralistas durante los años 60-80 del siglo pasado, pero a la vez manteniéndose escépticos frente a los aún presentes postulados humanistas ingenuos sobre el sujeto autónomo, se ha dado una nueva vuelta de tuerca en la controvertida problemática de la subjetividad en el ámbito de la política en las sociedades contemporáneas. Entre la amplia producción académica sobre esta temática (ver, por ejemplo, Laclau, Ranciere, Badiou, Butler y Zizek, entre otros autores relevantes), tomaré como referente teórico a Slavoj Zizek. Este filósofo y psicoanalista esloveno ha repensado la problemática de la subjetividad desde una perspectiva novedosa que parte de una relectura sugerente de los clásicos de la filosofía, destacando Kant, Hegel, Marx y Heidegger, así como del psicoanálisis, en particular Lacan. Con base en este ejercicio, Zizek lleva adelante una revisión crítica de las teorías de la subjetividad política de un conjunto de autores contemporáneos, entre los que se cuentan los mencionados líneas arriba, así como otros de menor influencia. Esta propuesta está contenida en numerosos textos publicados por el autor, la mayor parte de los cuales han sido traducidos al español, entre los cuales destaca *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*.

De este denso y sugerente texto, nos interesa recuperar aquí las líneas centrales de su teoría del sujeto y, especialmente, la enfática reivindicación que hace Zizek de la importancia que, en su opinión, otorga Lacan a la pulsión de muerte en el proceso de constitución de la subjetividad. Según Zizek, la emergencia del sujeto se produce, precisamente, cuando el individuo, mediante un acto ético, atraviesa el

fantasma y se sitúa en la “laminilla”, es decir, entre las dos muertes: la simbólica y la física. La emergencia del sujeto implica así un proceso hegeliano de “negación de la negación”, donde la primera negación refiere al proceso de inserción del sujeto en el mundo simbólico (que se inicia con la “la identificación imaginaria” en el espejo), el cual sólo es posible al costo de una “forclusión” o alineación fundamental.³

Ahora bien, si la formación del sujeto requiere, en primer término, la inserción del individuo en el orden simbólico (su sometimiento al gran Otro), el proceso de subjetivación no se limita a este proceso, como tendieron a pensar los estructuralistas cuando postularon la “muerte del hombre”. La emergencia del sujeto requiere que, en un segundo momento (la negación de la negación), el individuo trascienda sus determinaciones sociales (su “identidad”) y realice un acto ético que equivale a su “muerte simbólica”, de tal forma que pueda encontrarse cara a cara con “lo Real”, es decir, con aquello que, al ser forcluido, hizo posible su inserción en el orden simbólico, pero que a la vez significó una alineación fundamental que lo constituye, por tanto, como sujeto escindido (“tachado”).

De esta manera, a diferencia del sujeto de la Ilustración, que es soberano *a-priori*, el sujeto de Zizek es un efecto de la estructura que, sin embargo, se distingue del sujeto estructuralista (Althusser) porque puede deshacerse de su condición de sumisión mediante la realización de un acto ético. Este acto puede considerarse un momento psicótico de la constitución de la subjetividad, una especie de salto al vacío mediante una decisión que va más allá de la determinación estructural, que también es el momento de la locura, como lo señaló Derrida en su lectura de Descartes como respuesta a Foucault. De esta forma, el sujeto es capaz de trascender su propia causa y, por tanto, convertirse él mismo en agente soberano que puede ampliar los límites de lo simbólico para dar lugar a la inclusión democrática de lo hasta entonces “abyecto”.

Pero Zizek va más allá de una discusión exclusivamente teórica, pues también, con prosa juguetona y con bastante osadía, se esfuerza por ilustrar sus tesis aventurándose en a menudo sorprendentes interpretaciones de piezas literarias y cinematográficas. Como ejemplo, puede revisarse su inteligente lectura de la novela *El proceso* de Franz Kafka, presentada en su libro *El sublime objeto de la ideología*, además de sus lecturas de las novelas de Jane Austen o de los cuentos de Patricia Highsmith, sin olvidar sus ensayos de interpretación de la filmografía

3 Siguiendo esta línea de razonamiento, Judith Butler, ha señalado a este acto como el origen de lo *abyecto*: no hay inserción en el orden simbólico sin alienación, sin exclusión radical de una parte de nosotros, parte que asume el papel de frontera del sujeto, de no-sujeto, de lo abyecto (en el caso de Butler, lo abyecto es, de manera fundamental, lo homosexual). N de E: Si el lector desea ampliar este tema puede consultar en el ejemplar no.7 de *Página Literal* la conferencia de David Halperin “¿Qué quieren los hombres gay? Sexo, riesgo y la vida subjetiva de la homosexualidad”, p. 74

de Hitchcock y otros cineastas destacados, como Lynch, en *Mirando el sesgo* (también de Matrix) y otros textos.

Con igual o quizás más osadía, aunque con menos pericia, en lo que sigue de este ensayo realizaré una interpretación de *Única mirando al mar* desde la teoría de la subjetividad de Žižek. Antes de ello y para evitar malos entendidos, es pertinente aclarar que aquí no me propongo (ni es de mi competencia hacerlo) “psicoanalizar al autor”⁴ (función de la novela en mentes, ni mucho menos reconstruir la “verdadera” intención o los traumas de infancia que lo llevaron a escribir la misma). Se trata más bien de intentar una nueva lectura del texto, en tanto el mismo puede considerarse una obra abierta que, independientemente de las intenciones y las vivencias psíquicas de su autor, nos permitiría comprender mejor la problemática de la subjetividad, tal como ésta es discutida en los textos de Žižek y autores afines.

Lo abyecto en *Única mirando al mar*

Existe cierta tendencia en las sociedades humanas a establecer mitos fundacionales que imaginan su origen como algo armónico y feliz, como la edad de oro del idilio campesino en la sociedad costarricense, por ejemplo. Este tipo de imaginario no guarda sintonía con el psicoanálisis: Freud, en *Tótem y Tabú*, desarrolla su propio mito de origen de la sociedad humana, según el cual ésta arrancarían no en algún lejano y perdido edén, sino en el momento en que el padre primordial que monopoliza el goce sexual en la horda es asesinado (físicamente) por sus hijos, pero sólo para retornar como superyo o, en términos lacanianos, como “nombre-del-padre”, es decir, como autoridad simbólica. El origen de la sociedad se situaría, entonces, en un acto traumático que tiene tres facetas: la exclusión del goce, el acceso al mismo mediante el crimen del padre y la culpa por ese crimen, la cual se constituye en el fundamento de la autoridad o lo simbólico (la Ley).

Ahora bien, para autores como Laclau, por ejemplo, las sociedades —al igual que el sujeto— están estructuralmente escindidas (esa escisión es lo que Lacan denomina la falta en el Otro), puesto que están atravesadas por antagonismos que no pueden resolverse de una vez y para siempre, aunque sí pueden encontrar, en el campo de la lucha política por la hegemonía, soluciones precarias y contingentes. Estos antagonismos, en la lectura de Žižek, pueden interpretarse desde La-

4 N de E: esta psicología del autor ha sido muy apreciada por la “función psi” dentro del campo literario.

can como parte del “Real”, como aquello que si bien es constitutivo de lo social, es a la vez irreductible a la simbolización y que, por tanto, su irrupción siempre amenaza con provocar la disolución del simbólico.

En el caso de *Única mirando al mar* podríamos decir que el basurero, situado en Río Azul, al sur de la capital, el escenario (*topos*) central de la novela, se constituye en la metáfora del “Real” de la sociedad costarricense. Como en las casas burguesas, donde el orgullo del ama de casa por la pulcritud y el orden se ve permanentemente amenazado por un resto de basura siempre presente pero oculto (con frecuencia, como lo muestra reiteradamente el cine de comedia, debajo de la alfombra), la basura que cotidiana e ininterrumpidamente produce la sociedad amenaza la tranquilidad consumista e higienista de sus habitantes, sobre todo cuando la alfombra tranquilizadora de la gestión gubernamental ya no alcanza para cubrir los desechos, que comienzan a invadirlo todo.

La novela de Contreras puede leerse, precisamente, como un ejemplo de tratamiento literario de una de las tantas formas que puede asumir el retorno traumático de lo reprimido, proceso que según el psicoanálisis constituye el reverso inevitable del acto traumático de la forclusión de aquello que siendo indeseable no puede evitarse y que, por lo tanto, se oculta.⁵ Ciertamente, si bien en una sociedad lo abyecto no se circunscribe a la basura, en sentido literal, en el texto que analizamos la basura puede considerarse una metáfora de lo abyecto que extiende la calidad de “basura” más allá de los desechos materiales que la sociedad produce cotidianamente hacia la producción de seres abyectos.

Es decir, el núcleo problemático de la novela no se sitúa en el basurero *per se*, sino más bien en la condición de “basura” o “desecho” a la cual se ven expuestos quienes son portadores de algún atributo que es inasimilable en términos sociales o simbólicos (ese es el tema de la segunda novela de Contreras, *Los Peor*) sin perturbar el *status quo*; o bien porque, en una sociedad que ha reducido a los seres humanos a la degradante condición de simples medios para la acumulación capitalista, sea como productores o como consumidores, ya no son considerados útiles a la sociedad y, por lo tanto, se les niega el derecho a una existencia digna, como un fin en sí mismo (que es el caso de *Única mirando al mar*). Seres cuya vida es desechada por la sociedad, pero que, al mismo tiempo, es reciclada por ellos mismos en su lucha por sobrevivir. De ahí que parece pertinente que el título de la novela

5 Parte de este ocultamiento es el uso de eufemismos para nombrar el basurero: “relleno sanitario”; similares estrategias de ocultamiento verbal se dan, entre otros, con la mierda, el semen, los órganos sexuales y la copulación.

pueda explicitarse con el subtítulo *La vida reciclada*, incluido en la edición francesa.

Los laberintos literarios de la subjetividad

Ahora bien, como señalé arriba, la novela que nos ocupa va más allá de la denuncia de los procesos de exclusión social y de la incapacidad gubernamental para lidiar con ello, para plantear, en términos literarios, una muy sugerente aproximación a la problemática de la subjetividad. La relación dramática (y traumática) que mantienen los personajes centrales con lo social (lo simbólico) y con su condición de abyección (lo Real) es lo que nos permite abordar, precisamente, la forma en que se transitan los laberintos de la subjetividad. Al igual que Dante, aunque sin cargas teológicas, Contreras se aparta de la comodidad literaria de ficcionalizar el mundo “normal” y asume el riesgo de descender hacia la otra cara de lo social, el “infierno” del basurero y narrar cómo, desde su propia imaginación de escritor, viven los condenados de esta tierra.

La incursión de la imaginación literaria en el inframundo de lo abyecto se distingue claramente de las aproximaciones que suelen realizar sociólogos o economistas, pues elude las frías estadísticas así como las descripciones (a veces entomológicas), a las que también son afectos los periodistas, que muchas veces hacen visibles a los excluidos a costo objetivizarlos, para plasmar cómo, en su imaginación, es la vivencia y el proceso de subjetivación de la condición marginal en la que se hallan recluidas las personas que, en su novela, forman parte —orgánica nos atreveríamos a decir— del “mar muerto” que es el basurero, lo que en nuestra lectura significa lo abyecto. Esta aprehensión intuitiva de una situación límite y su expresión en forma literaria también logra conmovernos, pero no a la manera catártica, sino que más bien problematiza nuestra propia existencia y hace que reflexionemos —e incluso nos identifiquemos— sobre la marginación y la exclusión social no como algo que nos es ajeno, sino como algo que nos confronta existencialmente.⁶

Tres son los personajes centrales de esta novela: Momboñombo Monangallo, Única Oconitrillo y el “Bacán” hijo adoptivo de ésta, pero que con el matrimonio entre los dos primeros pasará a ser también hijo adoptivo de Momboñombo. Estos personajes tienen en común su condición abyecta de *buzos*, de desechos humanos que sobreviven en condiciones infrahumanas mediante el proceso de selección y re-

6 La “aprehensión intuitiva de la totalidad” y su expresión en una forma tal que logra conmovernos (emocionarnos), más allá de causarnos impacto puramente intelectual, sería lo que hace diferente a la literatura de otros discursos como la ciencia y la filosofía. Ver, entre otros, *Dos hipótesis sobre la muerte del arte* de Umberto Eco (1970).

ciclaje de lo que, habiendo sido enviado como inservible al basurero por los habitantes de la Gran Área Metropolitana. Cada uno de estos personajes es expulsado del “paraíso” hacia el basurero en momentos y de manera distinta: primero llega *Única*, maestra que es obligada a pensionarse joven y que es empujada por la pobreza a vivir en el basurero.⁷ Posteriormente y sin que sepamos cómo, llega un niño solo, el cual es “reciclado” por *Única* y que será nombrado “Bacán”. Finalmente, mediante un acto de “identicidio” autoinfligido, llega al basurero el tercer personaje, cuya identidad simbólica desconocemos pero que, una vez ahí, asume, por decisión propia, el nombre de Momboñombo Monangallo.

Unidos por su condición de abyección y favorecidos por el azar y la tenaz determinación de *Única* por construir un mundo normal en medio del basurero, la reunión de estos tres personajes en el basurero evoluciona hacia la conformación de una *sui generis* familia de buzos. En este esperpéntico núcleo familiar, le tocará a *Única* ejercer la autoridad matriarcal y esforzarse porque, contra todo pronóstico y funcionalidad, se cumplan los rituales cotidianos que son propios de una familia pequeño burguesa, como cepillarse los dientes, por ejemplo.⁸ Por su parte, Momboñombo, desde su condición de recién llegado, se esforzará por comprender la condición de los buzos y tratará de llamar la atención de las autoridades sobre la condición de excluidos en la que los mismos llevan a cabo su existencia, la cual, pese a su condición mísera, se ve amenazada por la decisión gubernamental de reubicar y privatizar el manejo de la basura. El Bacán, habiendo llegado niño al basurero y, por tanto, sin haber conocido otra forma de vida, se mantendrá ajeno a las preocupaciones de una y otro, viviendo como “normal”, es decir, no traumática, su vida en el basurero.

Para avanzar en nuestro análisis de las distintas formas de subjetivación de su condición abyecta por cada uno de los personajes principales de esta novela, es oportuno recordar que, como lo han postulado autores como Lacan, Butler y Laclau, entre otros, aún en las sociedades más avanzada la condición de abyección es constitutiva de lo social, ya que los procesos —siempre contingentes y precarios— de articulación simbólica tienen su contraparte en procesos de forclusión. Precisamente, la ética de lo Real que Zizek postula como necesaria para evitar llevar adelante una acción política que derive en tentaciones autoritarias, se basa en esta consideración, la cual marca una diferencia fundamental con la política “moderna”, que imaginaba, de manera muchas veces aproblemática, la posibilidad de existencia de una sociedad plenamente reconciliada consigo misma.

7 Esta expulsión de una “maestra” puede considerarse una metáfora de la decadencia social del estado benefactor costarricense, que tiene uno de sus aristas en la crisis de la educación pública y, correlativamente, en la pérdida de prestigio de los maestros.

8 La etiqueta “pequeño burguesa” es aquí aplicable a *Única* en tanto el personaje no pretende mantenerse a toda costa dentro de lo simbólico, pero para hacerlo no se asume sujeto de acción política, sino que reproduce ritualmente las maneras de mesa que encarnan los valores dominantes, rituales cuyo contenido mágico no es el de la inclusión entre los dominantes, sino sólo una vaga ilusión de pertenencia a ese mundo.

Ahora bien, quienes son excluidos/estigmatizados en este gesto fundacional pueden asumir su condición de formas distintas: en términos esquemáticos, pueden negarla, manteniendo su inserción en el orden simbólico mediante alguna identificación fantasmática; pueden atravesar el *fantasma* y “mirar de frente a lo Real”; o, finalmente, pueden caer en la locura. Los tres personajes centrales de la novela que analizamos puede considerarse, con algunos matices que luego especificaré, una ilustración literaria de cada una de estas formas de subjetivización de la condición de abyección en la que se encuentran: Única es el personaje que tratará de evitar el encuentro con lo real manteniendo una adhesión ritual al orden simbólico; Momboñombo se atreverá a franquear el *fantasma* y mirar de frente a lo Real, mientras que el Bacán se mantendrá al margen de este drama político existencial desde su condición psicótica.

Desarrollemos primero el caso de Única. Quienes se ven confrontados con lo Real, es decir, con su condición de “nada” en lo simbólico, de seres abyectos (y todos, en cuanto sujetos escindidos o “barrados”, lo estamos en algún momento de nuestra existencia) no siempre asumen subjetivamente esa condición. Lo habitual en circunstancias “normales” es que quienes se sienten amenazados con la “muerte simbólica”, buscan negar u ocultar (metafóricamente, meterse en “el closet”) los atributos o condiciones que los lanzan al oscuro mundo de lo abyecto, ocultándose detrás de alguna fantasía que, pese a sus condiciones objetivas de existencia, les permita una vivencia subjetiva más gratificante en el margen de la identidad que le es asignada por el gran Otro. En este caso, como lo destacó Foucault, ser sujeto no significa otra cosa que estar sujeto, estar sometido disciplinariamente a lo “normal”, por lo que, pese a lo adversas que puedan ser nuestras condiciones de existencia, encontraremos un sentido a la misma en el cumplimiento del deber que la sociedad nos asigna y que nosotros llegamos a asumir como decisión propia, en un acto de falsa libertad que no es otra cosa que sometimiento inconsciente al Otro, aunque, como lo muestra Kafka en *El proceso*, ese deber nos obligue a un absurdo autosacrificio.

Esta identificación (muchas veces culposa, en tanto asumimos nuestra condición como una falta nuestra y no como una falta en el Otro) con el orden simbólico suele darse, con frecuencia, mediante una sobreidentificación imaginaria con quienes mejor lo representan, como son los héroes sociales, papel que según el lugar y época, puede ser desempeñado por intelectuales, gobernantes, futbolistas, astronautas y otros personajes “ejemplares”, a cuya idolatría somos lanzados

bajo el argumento cuestionable de que ellos son la personificación misma de los valores fundamentales de la sociedad, es decir, de los valores dominantes.⁹ De forma más sutil, este proceso de identificación con el orden también suele producirse mediante la encarnación de un conjunto de prácticas que muestran su penetración tanto en la mente como en el cuerpo de los individuos, proceso que Foucault ha denominado disciplinas y que Bourdieu ha problematizado con el concepto de *habitus*.

9 En estos casos, la identificación imaginaria con los héroes no es sino una forma de identificación con los valores que promueven los vencedores. Muchas veces, como en el caso de los futbolistas, esta identificación se alimenta, paradójicamente, de un desdoblamiento de nuestros sentimientos hacia nosotros mismos: por un lado, con quienes son nuestros iguales (no es casual que se destaque hasta el hastío el origen popular de los héroes deportivos) pero, a la vez, han logrado el éxito social y han asimilado los valores dominantes. El espectáculo en torno al ascenso social de algunos pocos busca, más que celebrar ese hecho, atribuir responsabilidad a los propios dominados (odiarse, despreciarse a sí mismos) por su condición de pobreza y marginación (lo que se llama "fracaso"): la tesis falaz es que si algunos han logrado el éxito por su propio esfuerzo, quienes no lo logran no se esfuerzan lo suficiente. Por otro lado, los dominados, una vez que se asumen responsables de su condición pronto se dan cuenta que la misma no cambiará masivamente por más que se esfuerzen, se resignaran a obtener satisfacción por interposición de persona: el triunfo de los héroes será su propio triunfo, aunque las regalías nunca alivien sus bolsillos.

Como lo señalé, es *Única* quien mantiene este tipo de relación con el orden simbólico y con lo Real. En su condición de maestra (aún cuando esté retirada o, mejor, "desechada"), mantiene, incluso en el centro del basurero, fidelidad al gran Otro mediante el mantenimiento de sus "maneras de mesa" burguesas, ya que sigue actuando como funcionaria reproductora del orden. Como histérica, posterga permanentemente su encuentro con el Real mediante la realización obsesiva de una serie de pequeños gestos y rituales: instala una antena de televisión inservible en su casa, celebra puntualmente los cumpleaños y las navidades, se cepilla regularmente los dientes, se perfuma religiosamente y se da a la tarea, cual matriarca, de educar a los buzos que habitan el basurero, pero especialmente a su hijo adoptivo, el "Bacán". De esa forma, *Única* parece ser un símbolo de la esperanza, el último eslabón de la condición humana, pues une lo abyecto con lo simbólico, convirtiéndose en una tabla de salvación del sujeto en tanto sujetado.

Sin embargo, se trata de una falsa esperanza, ya que si bien sus esfuerzos por mantener un resto de "urbanidad" aún en las condiciones más adversas aplazan su encuentro con el Real, los mismos están marcados por el fracaso, cuando no por el absurdo... después de todo, *Única* parece un personaje de Beckett. El fracaso de su obsesión por mantener un anclaje en el Orden que la excluye se hace evidente en la incapacidad que tiene en reproducir generacionalmente el mandato simbólico que se esfuerza por transmitir. Pese a sus esfuerzos pedagógicos, su hijo adoptivo permanece siempre "niño": jamás ingresa al orden de lo simbólico; el síntoma más claro de este fracaso por asignarle un "lugar en el Otro" es que si bien aprende a "leer", no entiende nada, es decir, ningún significante amo estructura su universo simbólico; por lo que su inmersión en lo real es directa, no está mediada por lo simbólico. Pese a que el rol de madre que desempeña *Única* es un ritual que se ha vaciado de eficacia, el Bacán funciona para ella como un soporte fantasmático que hace posible su autoengaño y que, por tanto, mantiene a *Única* ligada a lo simbólico.

Ahora bien, con frecuencia las lecturas de *Única mirando al mar* han señalado el carácter marginal de los personajes que, como desechos humanos, se instalan en el basurero,¹⁰ pero han pasado por alto un hecho que en mi perspectiva, es fundamental en el planteamiento ético que Contreras propone: el auto “identicidio” por el cual el personaje central renuncia al lugar que se le ha sido asignado en la estructura social (un ciudadano tico), asume su lado repudiado, traumático, real y así ingresa en el mundo de lo abyecto. Se trata de un personaje de edad avanzada que habiendo sido expulsado de su trabajo y habiendo fracasado en su búsqueda de un nuevo empleo, toma conciencia de su condición de “supernumerario”, de “desecho” social y, acto ético fundamental, subjetiviza su condición.

Así, a diferencia de *Única*, este personaje asume su condición de “desecho humano” y, por tanto, se “desidentifica” con el orden simbólico y todas las fantasías ciudadanas en las que se esconden sus antagonismos e inconsistencias. Este “identicidio” es simbolizado con su autolanzamiento a la basura, es decir, en lo “real-abyecto”, como una forma de rechazo consciente a los mandatos del gran Otro sin renunciar a la propia existencia.¹¹ El acto ético de subjetivación que inicia con el posicionamiento en la “laminilla” mediante la muerte simbólica acaecida por decisión propia, continua con la auto asignación de un nombre estrambótico, no ubicable en el registro simbólico y, por tanto, ajeno a toda genealogía y filiación, es decir, a toda ubicación en la red de parentesco, rasgo elemental de lo social como ningún otro: Momboñombo Moñagallo.

Ahora bien, estos actos conscientes no agotan el proceso de subjetivación que lleva adelante el personaje, ya que la ruptura total y definitiva con el orden simbólico requiere también deshacer el vínculo inconsciente con el orden a través de lo que —con Judith Butler— podríamos denominar “apegos apasionados”. Esto queda en evidencia en el episodio en el que Momboñombo fracasa en su tentativa de sumarse a las celebraciones futboleras que se originan en los éxitos de la selección nacional, ya que no es reconocido como uno entre los todos. Así, se pone en evidencia que, pese al discurso de que “la sele somos todos”, no hay equipo en el que realmente quepan todos, ya que él es excluido de la comunidad imaginaria, aún en su momento de mayor apertura y totalización (Copa Mundial del 90). Su repudio y exclusión de la comunidad de fieles podría considerarse la declaratoria oficial de que nuestro personaje ha muerto para el gran Otro, puesto que ha dejado de ser reconocido como parte de la sociedad: se ha convertido en un paria.

10 Por ejemplo, la crítica althusseriana de Minor Salas, se limita a un análisis aislado de la reproducción ritual del orden simbólico que lleva adelante *Única*, ignorando totalmente la forma en que el personaje Momboñombo subjetiviza su propia condición. Por tanto, considera que pese a las denuncias y transgresiones que se pueden encontrar en el texto, éste reproduce más que cuestiona el *status quo*.

11 Como lo mostró Durkheim en su célebre estudio sobre el suicidio, muchas veces este tiene un carácter inverso: autoinmolación física para salvar el lugar en el Otro. La muerte física como último recurso para mantenerse vivo simbólicamente.

Pero el proceso de subjetivación continúa más allá de la fase negativa de muerte simbólica, que es también un proceso de desidentificación, dando lugar a una fase de positividad: la identificación con el *sinthome*, con lo abyecto, con lo supernumerario (Ranciere), con “los incontados en la cuenta”, con aquellos excluidos de la universalidad postulada en el discurso oficial. En el texto, este momento comprende dos episodios, uno que corresponde a la identificación “afectiva-libidinal” y otro a la consecuente acción política. El primero es, ciertamente, el matrimonio paródico con *Única* y los raptos poético románticos que vive la pareja en el basurero, que conmueven profundamente a Momboñoombó en tanto le provocan una nueva visión sobre el lugar que ahora habita, el cual sufre una verdadera transustanciación: “en el infierno no podía haber tanta ternura hirsuta, ni cariño en bruto de parte de su esposa y su hijo, ni la amistad que le prodigaban los pocos de a bordo ni la indiferencia de los muchos de paso”.¹²

Esta “reversión”, donde lo verdaderamente humano no es ya patrimonio del mundo “normal” sino que se encuentra contenido, al menos potencialmente, en el inframundo del basurero, podría interpretarse, siguiendo a Walter Benjamín, como una forma de acceso al dolor de los oprimidos y a sus anhelos frustrados pero vivos de felicidad, proceso que desataría en Momboñoombó la energía mesiánica que lo impulsaría a la acción política que busca redimir a quienes constituyen la “flora intestinal en el aparato digestivo de la sociedad”.¹³ La identificación con lo abyecto es entonces, el precursor de la acción política, que se desarrolla en dos episodios: el primero es la elaboración de una larga carta dirigida al presidente de la república (118-123), en la que Momboñoombó se asume portavoz de los *buzos* y hace explícita su exclusión del reino de la libertad y la democracia postulado como universal por San-Guineti¹⁴ y a la vez reivindica el derecho a la inclusión de quienes habitan el basurero o al menos, a mantener su precaria existencia, amenazada por la privatización-traslado del botadero.

En este momento Momboñoombó se encuentra cerca de completar su proceso de desidentificación con lo social, puesto que “franquea el fantasma”, esto es, la identificación imaginaria (el costarricense como ser esencialmente libre, pero podría también decirse “pacífico”, “sencillo”, “humilde”, etc.) que se le ofrece como forma de lidiar con lo Real y, fundamentalmente, como forma de mantenerlo atado a la identificación simbólica. Pero también es el momento en que se convierte en un agente de cambio social, es decir, en el que asume el papel de individuo ilustrado que pone en marcha un nuevo

12 Fernando Contreras, *Única mirando al mar, op.cit.*, p.p 112-113

13 *Ibid.*, p.111-112

14 Aquí el autor alude a la declaración que el presidente uruguayo de entonces, José María Sanguinetti, realizó en su visita a Costa Rica, según la cual “allá donde haya un costarricense habrá libertad”.

proyecto utópico que tiene como objetivo hacer que la acción política produzca una ampliación en los márgenes de lo simbólico para incluir lo hasta entonces considerado abyecto.

Califico la acción de Momboñombo como ilustrada porque es una acción individual y letrada, por lo que podría enmarcarse dentro del ámbito de la “opinión pública burguesa”, con la consecuente confianza en la posibilidad de ejercicio de la ciudadanía. Es ingenioso el recurso que utiliza Contreras para resolver la contradicción entre la posición de clase baja de la que proviene Momboñombo y su creencia en el valor político de la escritura, así como en su competencia para llevar esa creencia a la práctica, propia más bien de una clase media liberal: Monangallo, en su vida “normal”, tenía una condición ambigua, ya que si bien es un guarda, lo es de una biblioteca, es decir, pese a su condición popular, tiene acceso a la cultura letrada.

Al igual que los esfuerzos frustrados de Única por mantener el Orden simbólico, el intento epistolar de Momboñombo por redimir a “esta especie paralela a la humana” también fracasa, porque no le es permitido entregar su carta en casa presidencial, lo que puede leerse como una metáfora de la imposibilidad comunicativa entre la oficialidad y lo excluido; la oficialidad no escucha las voces de los excluidos, aún cuando estos recurran a la esfera letrada de la opinión pública para defender sus derechos. Pese a ello, nuestro personaje no desiste en su utopía y decide recurrir a otra forma de acción política colectiva más explícita, es decir, apela a la manifestación política en las calles, con frecuencia, la única manera que tienen los oprimidos y marginados para hacer que sus voces logren vencer la sordera oficial, que casi siempre afecta a su oído izquierdo: convencido de la legitimidad de su demanda y aún esperanzado por la posibilidad de cambio, organiza una manifestación pacífica frente a la casa presidencial para que los buzos expresen sus demandas ante la escurridiza autoridad.

Pero este segundo intento también fracasa. La “marcha de la mancha” es reprimida por la policía antes de llegar a su objetivo, derivando en una mojazón de padre y señor que, agotado el patético espectáculo carnavalesco, obliga a los manifestantes a retornar a su “hogar” con las manos vacías. La magnitud de este fracaso en la búsqueda de “reinserción social” de la comunidad esperpéntica de los buzos es simbolizada en la novela con la enfermedad del Bacán, la que finalmente lo llevaría a la muerte física. Como señalé, este hecho se traduce en la pérdida del último soporte que mantenía a Única atada a la “realidad” y, por tanto, hace inevitable su hasta entonces postergado

encuentro con lo Real, el cual no podrá ser procesado por *Única*, lo que resultaría en su inmersión definitiva en la psicosis autista.

Pero la muerte del Bacán no sólo marca el definitivo fracaso de los rituales de *Única*, sino que también sella el fracaso de Momboñoombo en sus esfuerzos por llevar adelante una acción política que haga posible la ampliación de los límites de lo simbólico, la verificación de la universalidad de la libertad postulada en los discursos políticos y, podríamos añadir, también en los discursos publicitarios. La pérdida de fe en la acción política y el consecuente abandono de sus esperanzas en un nuevo orden social, más incluyente y democrático, sin embargo, no entrañan su eliminación física, pese a que la tentación de seguir al Bacán en su deriva le atraviesa por la cabeza; ni da lugar a su fuga psicótica, aunque Momboñoombo siente que su permanencia en el basurero lo llevaría por el camino de *Única*.

Pero tampoco produce su reinserción derrotada en el orden simbólico, lo que significaría que se “readapta” y asume una nueva identificación imaginaria que de algún modo fantasmático oculte para sí mismo su condición de desecho social y lo reintroduzca en la ficción de la ciudadanía. Así, Contreras descarta las “utopías arcaicas” que pueden encontrarse en algunas novelas que, si bien ejercen una labor crítica del presente, establecen como horizonte de salvación el “retorno a los auténticos valores”, es decir, de una vuelta a la moral tradicional que se sitúa en una idealizada edad de oro, la del idilio campesino. Como lo mostré en otro trabajo,¹⁵ muchas veces este retorno/reencuentro imaginario a la edad de oro de la fraternidad universal (costarricense) es simbolizado por el momento de triunfo de la selección nacional de fútbol.

En términos de Hirschman, podríamos decir que Momboñoombo desplaza la acción política de la voz a la salida, ya que sigue lo que podríamos denominar “el camino foucaultiano” en la constitución del sujeto libre de sujeción: su muerte simbólica definitiva y el franqueamiento del fantasma, es decir, la salida sin retorno de la “realidad” y, en consecuencia, su plena identificación con lo forcluido, puesto que toma la decisión de convertirse en un “verdadero buzo”. Pero no se limita a eso, sino que Momboñoombo, en su papel de antihéroe nihilista, decide como último recurso de subsistencia física y psíquica, extender las fronteras físicas de lo abyecto más allá de los confines del basurero, desdibujando así los márgenes que lo separan del mundo “normal”, y, por tanto, reintroduciéndose en el margen de lo simbólico como un síntoma de lo real traumático.

15 Conferir Sergio Villena, *Golbalización. Siete ensayos heréticos sobre fútbol, identidad y cultura*, Editorial Norma, San José, 2006.

En eso precisamente consistiría el “camino foucaultiano”: en asumir a imposibilidad de devenir sujeto en el mundo normal y por tanto optar ya no por la ampliación de los márgenes de lo simbólico, sino por la construcción de un mundo que ya no es alternativo, sino que más bien se trata de un mundo aparte, de un mundo liminal / intersticial / marginal. Es en este mundo otro donde se produce la paradoja del sujeto según la cual “el sujeto es la nada” (Zizek): en él, Momboñombo puede constituirse como sujeto soberano, socialmente indeterminado y capaz de establecer sus propias reglas, pero a la vez es “nada” en términos simbólicos, es decir, su existencia como sujeto sólo puede ocurrir al margen de la sociedad, de la “identidad”, al margen de la existencia como ser social: el mutismo de *Única* es la confirmación de su soledad. Como Edipo, en la tragedia griega de Sófocles, ser nada es el costo que Momboñombo debe pagar para convertirse en sujeto soberano. El mensaje parece ser adorniano: mientras la sociedad no cambie, no será posible reconciliación entre el individuo y la sociedad: quien postule esa posibilidad no hace sino ideología.

* * *

Espero haber argumentado convincentemente por qué *Única mirando al mar* puede leerse como una novela sobre las distintas modalidades que puede seguir la conformación de subjetividades y su relación con la política cuando se presentan condiciones de marginalidad y exclusión social, es decir, cuando la relación que los individuos tienen consigo mismos está mediada por una condición de abyección, que es socialmente producida pero a la vez negada por esa misma sociedad, e incluso por quienes la padecen. La virtud de la novela que comento no se limita a haber ampliado el repertorio de temas dentro del campo literario costarricense hacia la problemática de la marginalidad y la abyección como elementos constitutivos, aunque rechazados, de lo social; también debe destacarse el valor que tiene el tratamiento formal literario que hace de esta problemática en términos de las posibilidades que, desde la literatura, abre a la reflexión sociológica y filosófica, así como a la acción política.

De esa manera, una situación particular, como es el problema de la basura en la Costa Rica hacia principios de los 90, le sirve al autor como “motivo” para abordar la problemática planteada en una novela que no se dedica a celebrar las virtudes o las fantasías de esa sociedad, sino más bien a hacer evidentes sus límites y, sobre todo, las consecuencias humanas, objetivas y subjetivas, de la falta en el Otro,

que encuentra su metáfora de la producción de seres-basura. La poética de Contreras, si bien es desencantada, no lo es a la manera posmoderna, puesto que no se ha desecho de la angustia propia de la modernidad, aunque si se distancia de la ingenuidad utópica, ya que muestra que la posibilidad de reciclar la esperanza pasa por la toma de distancia frente a las fantasías con las que ocultamos nuestra condición de abyección.

Es decir, nos ayuda a comprender que un cambio social auténtico no puede darse en el imaginario —al que pertenece en último término toda literatura—, sino en lo Real, a través de nuestra acción ética. La posibilidad de construir una mejor sociedad, más incluyente y democrática, no pasa por la negación de los antagonismos sociales y la imaginación de mundos felices, sino por un cambio de nuestra relación con el Real-abyecto. Contra quienes proyectan en lo abyecto sus propias limitaciones como individuos y sociedad, como hacen moralistas, racistas y otros abanderados del pensamiento conservador; así como contra los hedonistas posmodernos que niegan cínicamente lo abyecto y emprende una evasiva búsqueda de un mundo feliz que renuncia al futuro, *Única mirando al mar* invita a subjetivizar como propia toda condición de abyección y, desde ahí, reflexionar sobre la posibilidad de construir una sociedad más justa. En ese acto reposa la posibilidad de cambio: como diría *Única*: hay esperanza... pero está sin hacer.

Bibliografía

- Contreras, Fernando, *Única mirando al mar*, Editorial Norma, San José, 1993.
- Eco, Umberto, *La definición del arte*, Martínez Roca, Barcelona, 1970.
- Rojas, Margarita & Ovares, Flora, *Cien años de literatura costarricense*, Editorial Norma, San José, 1995.
- Villena, Sergio, *Globalización. Siete ensayos heréticos sobre fútbol, identidad y cultura*, Editorial Norma, San José, 2006.
- Zizek, Slavoj, *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Paidós, Buenos Aires, 2001.
- Zizek, Slavoj, *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, México, 1992.